

LOS POETAS COLOMBIANOS

EDUARDO CASTILLO

Escribe: EDUARDO CARRANZA

*A veces un arpegio que a mi estancia
de muy lejos quizás llega perdido;
un pétalo de rosa desteñido
entre algún libro que hechizó mi infancia;*

*la amable sugestión de una fragancia
hacen surgir del fondo del olvido
más de un dulce recuerdo, ennoblecido
por el tiempo, la muerte o la distancia.*

*Uno —el más familiar—, tiene el encanto
de aquellos niños pálidos que inspiran
un vago sentimiento de terneza...*

*Es el recuerdo, humedecido en llanto,
de unos ojos azules que me miran
como aterciopelados de tristeza.*

Este soneto con su sereno equilibrio, con su leve arquitectura, a un tiempo nítida y esfumante, con su mágica perspectiva hacia el ensueño y el pasado, es un hermosísimo y acabado ejemplo de la poesía de Eduardo Castillo: tono, tema, estilo, idioma, estética; y, además, todo aquello que misterioso e incoercible que como una sangre secreta anima toda creación de auténtica belleza. Situémosle dentro de la tradición de la lírica colombiana. Castillo está en la lírica de los poetas *temporales*. Su palabra poética es "palabra en el tiempo" como quería Don Antonio Machado. Su palabra poética —recuerdo, nostalgia, melancolía— quiere asumir y encarnar el tiempo, quiere ser raíz y testimonio de la memoria. Castillo está en la línea de José Eusebio Caro: tono menor, acento apenumbado (esa

como luz a media voz), lenguaje coloquial ("María, Señora de mis pensamientos..."); y en la línea de Silva: música misteriosa, acento mortal, cierta enfermiza elegancia (a veces), punzante nostalgia de la infancia.

La obra de Castillo está transida de sabiduría idiomática. Pero sus maestros no son los grandes hablistas ni los grandes poetas de nuestra lengua. Sus grandes admiraciones van hacia los simbolistas franceses mayores y menores (De Verlaine a Samain). También hacia Rubén Darío. (Mar de berilo innúmero y sonoro"...). Pero Castillo con infalible pulso reduce todo lo heredado, todo lo que pasa por su memoria, su mente y su corazón a un lirismo vivo, personal, inconfundible. Que es, finalmente, lo que cuenta.

Eduardo Castillo murió hace veinte años. Transcurrido el período de prueba, su gloria literaria se encuentra firmemente asentada en la mente y en el corazón de los colombianos. Sus versos finos y melódicos, impregnados de celeste nostalgia y de terrenal melancolía, llenos de gracia y de ternura, ocupan una situación insigne en las antologías nacionales y definen los caracteres esenciales de una zona muy amplia —la circunscrita entre los años de 1905 y 1935— de la escritura lírica en nuestro país.

Eduardo Castillo había nacido en 1889. Se inició en la faena literaria en los años que coincidieron con la conmemoración centenaria de la proclamación de la independencia. Y fue lo que podemos llamar el letrado tipo de la generación del centenario. En torno a 1910 los centenaristas empezaron a influir sobre la política y sobre la literatura del país. En el orden político trajeron a la vida nacional una noble aspiración de convivencia colombiana y un tenaz idealismo pacifista. En lo literario, se han caracterizado casi todos, por su atención a las señales del espíritu francés, y por cierta fina endeblez en la prosa y en el verso visible en los mejores letrados de esa tan discutida promoción.

Poseyó Eduardo Castillo una intensa cultura literaria. Esta condición lo capacitaba particularmente para el ejercicio de la crítica. Y a lo largo de treinta años son innumerables los estudios que escribiera con intención crítica o simplemente divulgadora. Su crítica no obedece a premeditados conceptos, no se halla pautada por inflexibles teorías. Es una crítica emocional, subjetiva, impresionista, que trata de impregnar el espíritu del lector de la misma impresión que en él suscitara la lectura de una obra.

Como traductor, Castillo puede contarse entre los mejores de Colombia, al lado de don Miguel Antonio Caro, de Guillermo Valencia, de Ismael Enrique Arciniegas. Son excepcionalmente afortunadas algunas versiones suyas de Samain, de Baudelaire, de Francis James, de D'Annunzio, de Wilde y de Copé. Castillo elevó la tarea de traductor a la categoría de noble y exigente faena artística.

Heredero del mejor romanticismo —el romanticismo tenue, depurado y musical a lo Bécquer, a lo Silva. Castillo expresa la intimidad de su corazón sentimental, sensible, sensitivo, en estrofas de la más acabada

perfección retórica. Mas aquella nitidez y gallardía de la línea verbal no implicaban en él la impávida dureza visible de los poemas de tantos post-modernistas de textura parnasiana. Porque en la poesía de Eduardo Castillo la tensión del alma y el don de las lágrimas daban a los vocablos un nuevo rostro seductor, una blanda y encantadora entonación. Allí aleatan apenas las certezas mentales y las palabras que se esfuman en una manera de nacarada niebla sentimental. La voz de Eduardo Castillo suena en la penumbra, avioletada, con la dulzura y sugestión de una romanza, con el hechizo nostálgico de una música de clavicordio:

*Días felices
y tan lejanos
que se nos fueron
de entre las manos...
Eramos una pareja loca
con muchos besos
entre la boca...*

Si puede hablarse con justeza del "color" en una determinada poesía, la de Castillo está circundada por un dorado tono crepuscular, por una bruma de suspirante azul:

*Yo estoy triste y he venido
a llorar una dolencia
bajo el cielo adormecido:
me estoy muriendo de ausencia,
me estoy muriendo de olvido.*

Desde luego otros poetas han existido en Colombia de más ancha y flameante entonación; otros de superior aliento humano; otros de obra más vasta y arquitectónica; otros de mayor significación revolucionaria. Pero ninguno dotado de tan penetrante encanto como Eduardo Castillo. Ninguno más íntimo, amable y puro. Porque él es la ternura, la añoranza, la melancolía. Porque sus versos fueron la música de fondo en la hora de los amores puros y ellos acompañan el corazón en la hora punzante de la nostalgia. Las ideas evolucionan, se transforman, desaparecen. Tan solo el corazón del hombre permanece idéntico. Y esta poesía que roza sus eternos conflictos, sus mínimos problemas inmensos —diversa siempre y siempre la misma, con el hechizo de la luna sobre nuestra alma— ha de permanecer inmortalmente. Suspirando, sonriendo, sonllorando, la poesía de Castillo se desliza de puntillas al lado de nuestro corazón casi volando, casi no existiendo, a fuerza de alas, de gracia, de tenuidad. Con su dejo de vieja sonata, con su son de celeste clavicordio, estos poemas durarán en tanto el hombre se enamore y "adolezca, pene y muera" de amor. Leve y sutil como el aroma, esta poesía puede como un aroma llenar la noche, la noche trémula del corazón. Eduardo Castillo no realizó una revolución en la poesía castellana. Pero nos dejó un discreto jardín crepuscular en donde se oye el paso de las almas y a donde van a besarse los enamorados.

SONETOS DE EDUARDO CASTILLO

A MEDIA VOZ

*Alba de tu cariño que acaso ya no añoras...
Tenías el cabello sobre la frente angélica
partido en dos con una castidad rafaélica
cual las madonas niñas de los Libros de Horas.*

*Lirios de las liturgias, nardos de los maitines
que en los vasos rituales mueren de una celeste
anemia, memoraba la albura de tu veste
y eran tus manos como dos místicos jardines.*

*¿Te acuerdas? Por la gracia de tu sonrisa franca
mi corazón ciñose la túnica más blanca,
emblema de cariños y emblema de candor.*

*Yo quería ser bueno... Yo queraí ser bueno,
y dormir en tu seno y ensoñar en tu seno
como en el de una frágil hermanita menor.*

DIFUSION

*Ya el otoño llegó, y aun busco aquella
novia lejana, cuyo cuerpo leve
es un campo de rosas y de nieve
en que embrujada se quedó una estrella.*

*Y aunque no pude ni encontrar su huella
y los inviernos de la vida en breve
escarcharán mi sien, algo me mueve
a seguir caminando en busca de ella.*

*Mas pienso a veces que quizá no existe
y que jamás sobre la tierra triste
podré con ella celebrar mis bodas.*

*O que este loco afán en que me abraso
la busca en una sola cuando acaso
se halla dispersa y difundida en todas.*

AL OIDO

*María, señora de mis pensamientos
que añoras y sueñas en tierra lejana
en las tardes límpidas, tras de tu ventana
como las princesas tristes de los cuentos...*

*Si ya no te acuerdas de que me quisiste,
si por mí no rezan tus labios, María
ni se nubla en llanto tu mirada triste
aterciopelada de melancolía,*

*acaso estos versos ingenuos ¡quién sabe!
irán a buscarte llorosos de olvido
como una tonada muy vieja y muy suave
que ni recordamos donde hemos oído;*

*como esos perfumes volubles, ligeros,
como esas fragancias ya casi extinguidas
que entre las redomas de los esencieros
evocan ternezas desaparecidas.*

LAS DOS HERMANAS

MARIA ISABEL

I

*La dulce paz de una ánima sumisa
irradia en tu mirar claro y sereno;
el que se acerca a ti, se siente bueno
por la sola virtud de tu sonrisa.*

*Limpio cristal en que la luz se irisa
así es tu cuerpo juvenil, ajeno
a la impureza del mundano cieno
que, como huyendo dél, tu planta pisa.*

*Al influjo ideal de tu ternura
de hermanita menor, se transfigura
mi alma que en sombras de pecado yerra;*

*y ungido por tu amor, tan noble y puro,
cuando voy a tu lado me figuro
perder todo contacto con la tierra.*

II

MARIA EMMA

*Hay en el fondo de tus ojos suaves
—ojos como de oscuro terciopelo—
una inquietud, un ímpetu de vuelo,
algo que me hace recordar las aves.*

*Y al mirarte feliz, porque no sabes
que hay mucha espina en el mundano suelo,
me invade el crudelísimo recelo
de que en mitad del alma te la claves.*

*No sé qué guarda para ti el destino
que avanza con pisadas sigilosas;
mas oye: para hacer blanco el camino*

*por donde entre canciones te adelantas,
poner siquiera, convertido en rosas,
mi propio corazón bajo tus plantas.*